

Reconciliados de este modo los dos jóvenes, continuaron hablando primero del viaje de los reyes padres que se anunciaba para uno de aquellos dias, como tambien el de la reina de Etruria y su tierno vástago.

Hablaron tambien de lo que sin género alguno de duda les interesaba más que todo en el mundo, esto es, de sus amores, de sus dulces delirios presentes, de sus grandes esperanzas para el porvenir.

Nada hay tan socorrido como el asunto de amor, materia siempre inagotable, siempre nueva para los enamorados; y como nuestros interesantes jóvenes lo estaban muy de veras, de aquí que las horas corrieran presurosas, desapercibidas, sin que Carolina pensára en retirarse á su casto lecho, ni Velarde en abandonar aquel agradable paraiso, donde ambos respiraban ese perfume vago y misterioso de la pasion humana, cuyo encanto celestial, tan breve sobre la tierra, tiene horas, minutos, instantes de tan excesivo placer, de tan infinita y deleitosa armonía, que sus horas, sus minutos, sus instantes, bastan á compensar los padecimientos de todo un siglo.

De este modo sorprendió á Velarde y á Carolina la última aurora del último dia de abril de 1808, penetrando sus tímidas luces á través de las rayadas celosías y del espeso pabellon de terciopelo y encajes que le oponia una trasparente barrera.

reconciliados de este modo los dos jóvenes continuaron hablando primero del viaje de los reyes padres que se anunciaba para uno de aquellos días, como también el de la reina de Nápoles y su último viaje.

Hablaron también de lo que sin género alguno de duda les interesaba más que todo en el mundo, esto es, de sus amores, de sus dudas, de sus dudas.

#### CAPITULO XXIV.

Nada hay tan acordado como el asunto de amor, nada está más incógnita, siempre nueva para los amantes.

**En que se demuestra que el gran duque de Berg y de Cleves valia un imperio tratándose de disponer viajes de españoles principales.**

**Y decimos bien, sin que esto sea en nosotros sobra ó falta de modestia.**

La historia, que tiene por único objeto transmitir la verdad severa de una generacion, imperio ó reinado á las generaciones herederas, nos ha dado fortaleza y aun autorizado á consignar el epígrafe antecedente.

Con efecto, Murat se daba muy buenas trazas y desplegaba una actividad notable en descartarse de la familia real de España.

Desde el descabellado viaje de Fernando á Búrgos, viaje que ya en el camino, se prolongó á Bayona, el cuñado de Bonaparte no descansó hasta decidir á unos y otros, á los restantes príncipes, á que entraran en deseos de hacer una visita al emperador de los franceses allende la frontera.

La docilidad, que no se puede creer otra cosa, con que eran atendidas las insinuaciones y los consejos del gran duque, fueron bien dignas ó de la debilidad más floja, ó de la inocencia más pueril.

Verdad es tambien que habiéndose encargado el emperador de los franceses la mision de dirimir las encontradas pretensiones y los opuestos intereses de los desventurados reyes y príncipes que á su sabor manejaba, ningun pretexto pudo hallar más beneficioso á sus ocultas intenciones.

El pretendido protectorado del francés arrastraba á unos y á otros en pos de diversas esperanzas: Fernando VII habia ido á estrechar la mano del amigo que debia asegurarle en el trono, al cual le exaltara la decidida voluntad de un pueblo; y Carlos IV, arrepentido de su abdicacion, corria tambien al encuentro del francés, del temible coloso, á recuperar una corona que no habia podido sostener sobre sus sienes.

Entretanto, la garra imperial se extendia sobre aquel cetro y sobre aquella nacion, abandonados á merced de funestas discordias, y ya el ejército francés cubria el territorio español, indefenso é inerme, hasta su misma capital.

Así, en el último dia de abril, ya las versiones que corrian por Madrid acerca de tales manejos, levantaban más y más el enardecido y escandalizado espíritu público; y no era un misterio para nadie lo que ya ni siquiera se trataba de ocultar.

A vueltas de engaños y subterfugios por parte del emperador Napoleon, se habia conseguido arrancar del seno del pueblo al príncipe que tanto queria y en quien tantas esperanzas habia fundado; y ese mismo pueblo, cuando

con feliz penetracion concibió y demostró sus temores á una perfidia manifiesta, inclinó su cabeza ante las aseveraciones y la confianza del joven viajero que le tranquilizó con la esperada proximidad de una dichosa vuelta.

— Pero al cabo de algunos dias nadie se engañaba ya á sí mismo acerca de los sucesos; y la situacion de Fernando era manifiesta.

Permanecia en Bayona prisionero de Napoleon, y además de saberse que este no le habia reconocido, ni aun se daba trazas de tratarle decorosamente, cundió la alarma de que se pretendia colocar en el trono de España á un individuo de la familia imperial; á un Bonaparte, á un adivinedizo del cual hasta se ignoraba el nombre.

Y sin embargo de que el pueblo, por vagas noticias, pero tambien por lógicas deducciones, preveia la catástrofe, sin embargo Carlos IV y la reina madre se apresuraban á favorecer y aun á precipitar el resultado de aquellos amaños y bastardas intrigas.

El país estaba destinado á correr una suerte parecida á la de Italia, de la cual Bonaparte habia hecho su segunda corona...

Mas el país rugia de indignacion ante esta idea, porque siempre le pareció al pueblo español más dulce el yugo de los propios, que las bellas perspectivas de felicidad y de ventura que pudieran ofrecerle los extraños; fundando en esto cuando la atmósfera política era tan diferente á la de hoy, la libertad *sui generis* de que se mostraba tan avaro.

Y preguntamos nosotros: ¿tenia el dimitente rey Carlos IV tan gran confianza en su querido hermano y aliado el emperador, que únicamente se encaminaba á su encuentro

para anular á la sombra del poder de este la abdicacion hecha en Aranjuez?

No es posible que así confiara; porque teniendo más motivos que el pueblo para dudar, no habia de ser ménos en saber á qué fin le empujaba su ambicioso amigo y falso aliado.

Y sin embargo, corria presuroso al encuentro del usurpador; y ahora, para colmo de insensatéz, no era ya en Búrgos donde iba á encontrarle sino á Francia misma, á Bayona, en cuyo punto lamentaba ya Fernando las consecuencias de su confianza... ¿Qué se proponia, pues, obtener Carlos IV?

¡Ay! que la reina María Luisa, aislada y mal avenida con el país, cuyo afecto se habia enajenado, no pensaba ya otra cosa que en reposar tranquila en cualquier rincón de la Francia.

Entretanto la reina de Etruria, mostrábase arrepentida y llena de amargo pesar, comprendiendo de lleno cuán crítica era su situacion.

Al regresar á Madrid en el dia citado, dió pruebas inequívocas de su agotada credulidad y de su amargura.

Ocupada durante mucho tiempo en conspirar contra su propio hermano Fernando, habia esperado, como muy bien saben nuestros lectores, que por premio á sus manejos la concederian para su tierno hijo, el príncipe heredero, el reino de la Lusitania septentrional, á cambio del de Etruria, de que le habia despojado el famoso tratado de Fontainebleau.

Pues bien: como ya se corria el rumor de las intenciones de Bonaparte hácia Fernando, añadíase que trataba de hacerle renunciar sus derechos al trono de España, dándole en compensacion el Portugal.

Esto, como puede colegirse, destruía todas las esperanzas de su hermana, ó más bien deshauciábala completamente.

No bien llegó de paso á Madrid, fué á verla Murat.

Encontrándola que hacia sus preparativos de viaje, dijo:

—Ya ha tenido ocasion de ver V. M. que la Junta ni siquiera se ha opuesto á su marcha...

—No me ha sorprendido, gran duque,—respondió la reina viuda,—y aun puedo deciros que lo esperaba.

Al hablar así la hermana de Fernando, recordaba la indiferencia que hácia ella tenían sus compatriotas; y como dice muy cuerdamente un historiador, hasta se olvidaban de los vínculos estrechos que unian á la imprudente reina con su príncipe querido.

Joaquin Murat repuso:

—Tampoco ha opuesto ningun obstáculo á la salida de la demás familia real, y por lo que toca al infante don Francisco de Paula Antonio, no sin algunas dificultades he conseguido igual resultado. Así, pues, pasado mañana domingo podeis abandonar á Madrid sin demora ni inconveniente alguno.

La reina de Etruria, que á la sazón se hallaba rodeada de sus hijos, mostrábase apesadumbrada y llorosa.

El duque de Berg hizo como que no lo advertia, y preguntó:

—¿Vendrán hoy por fin SS. MM.?

—Mis padres se preparaban á salir tambien,—respondió la reina de Etruria,—y creo llegarán esta tarde ó por la noche á Madrid.

—¿Sabe V. M. si han recibido mi carta?

—¿Cuál? gran duque.

—La en que incluía una del emperador.

—Sí, la han recibido, y están sumamente agradecidos á V. A. y á S. M. I.

—¿Habrán visto cómo el emperador ha tratado al príncipe Fernando?

—Ciertamente, gran duque; pero así como mis augustinos padres se sienten satisfechos por ver colmados sus deseos, así yo tengo un cruel pesar, un disgusto profundo, por el mal aspecto que toman mis intereses.

—¿No comprendo á V. M.!...

—¿Ah gran duque! debiérais comprenderme.

—A fé mia que no acierto... no comprendo... ¿Será tal vez que inspira esa inquietud á V. M. el abandonar el país en donde ha nacido?

La reina de Etruria se sonrió haciendo un gesto de indiferencia y menosprecio.

—Bien sabe V. A., —dijo,—que eso no puede inquietarme. Bien mirado, ¿qué me importa á mí la España?... Por ventura, le preguntó, ¿ha de reinar en esta nación mi pobre hijo? No... Pues entonces ahí queda para que la posean mi padre ó mi hermano: es enteramente idéntico que la posean el uno ó el otro.

Murat la preguntó casi maquinalmente.

—Pues entonces ¿en qué estriba la inquietud de V. M.?

—En que todas mis esperanzas, gran duque, van á salir fallidas, mi desgracia va á ser completa!

—¿Y en qué os fundais para abrigar semejantes temores, hermana mia? ¿cómo podeis dar crédito á tan extraños escrúpulos?

Murat dirigió á la reina de Etruria esta pregunta, fingiendo no comprender el verdadero sentido de las palabras pronunciadas por la insensata mujer á quien daba el

título de hermana, sin causa ni parentesco que justificara tan ridícula fórmula.

La hija de Cárlos IV le respondió vivamente:

—¿Me preguntais en qué me fundo, gran duque?...—

—Sí, hermana mia, y mucho más desde que vuestros deseos van á ser por fin colmados...—

—Mucho lo dudo...—

—¿Que lo dudais, decís?...—

—Sí, gran duque...—

—¿Y cómo me explicareis vuestras dudas?—

—Las explicaré muy sencillamente, diciendo á V. A. que el emperador, tal vez cediendo al compromiso de nuevos pactos, no me cumplirá su palabra...—

—¡Hermana mia!...—

—Permitid, gran duque;—insistió la destronada reina con acento entrecortado,—hoy ha llegado hasta mí el rumor de que el emperador se propone coronar rey de Portugal á mi hermano Fernando; y ya veis, en este caso, ¿qué esperanza me resta, ni qué corona podrá darse ya á mi pobre y desgraciado hijo?—

—Pero... ¿quién ha podido hacer creer á V. M. semejantes invenciones, pues no son otra cosa esas patrañas que se atribuyen á mi augusto cuñado?—

Y Murat dió á sus palabras un tono de ingenuidad tal, que cualquiera, ménos la reina de Etruria, le hubiera creído.

Pero aquella atribulada mujer prorumpió en amargo llanto, en que revelaba su profunda desconfianza, obligando con él á Murat á cesar en sus justificaciones con que pretendia consolar á la que tan cara debia pagar su falsedad, su hasta entonces ciega confianza en el lugar-teniente del odiado ejército extranjero, y en su sagáz cuñado el emperador de los franceses y rey de Italia.



A propósito de la escena que reseñamos, cuéntase un episodio digno de interés.

Refiérese que al ver llorar á su madre el tierno rey heredero de Etruria, provocó una desagradable escena, una agria contienda con Joaquin Murat.

Entre otras cosas se dice que echó en cara al general del imperio la atrevida confianza que usaba respecto de su madre, lo mismo que con todas las personas reales; y habiéndole replicado el orgulloso caudillo muy altaneramente, le preguntó el niño con energía inconcebible:

—¿Habeis olvidado que estais hablando con los reyes de Etruria?

Natural es que semejante escena hubiese producido muy mal efecto en el ánimo del tristemente memorable personaje, más acostumbrado al dominio que á ser dominado.

Tenemos por apócrifo este episodio singular, si bien tampoco nos atrevemos á negarle todo nuestro crédito.

A ser cierto, sin embargo, probaria de un modo evidente, pero lamentable, que en el corazón de aquella tierna y precóz criatura se habian refugiado toda la dignidad y la energía que faltaban á sus parientes.

Lo que parece ser cierto, es que en aquella ocasion salió Murat de palacio mohino y enojado; y esto prueba en algun modo que su conferencia no habia sido en dicha ocasion tan amigable y fraternal como las anteriores.

Como habia afirmado la reina de Etruria, Cárlos IV y su esposa no tardaron en verificar su breve regreso á Madrid.

Murat, que en esto tenia un vivo interés, volvió presuroso á palacio y fué introducido inmediatamente en la cámara de María Luisa.

El semblante de esta formaba contraste con el de su hija, pues se ofreció á los ojos del caudillo francés rebo-sando júbilo.

Esto sirvió á Murat de compensacion.

Saludó cortesmente y dijo á la reina:

—Vengo á ponerme á las órdenes de V. M., señora.

Luego, tomando asiento cerca de María Luisa, con cierta familiaridad que hubiera enrojecido la frente del al-tivo Carlos I, á poder este levantarse de su tumba para contemplar tamaña humillacion, añadió el gran duque de Berg:

—¿Y el rey? ¿Cómo no veo aquí al rey?

María respondió con perfecta serenidad:

—Algo indispuerto por la gota que le aqueja con tantos disgustos como nos ha dado nuestro hijo, y agitado con las molestias del viaje, ha tenido que retirarse á descansar.

El cuñado de Napoleon acogió la parte recriminativa de la contestacion de María Luisa con una sonrisa irónica, y repuso:

—Mas... ¿se podrá confiar en que esa indisposicion no será bastante á impedir que verifique desde luego su marcha?

Tal vez el rey Carlos hubiese agradecido á Murat la equívoca solicitud que procuraba demostrar en esta pregunta: para ello mediaba esa decidida credulidad que le atribuye la historia, y que á ser cierta, como no es difícil suponer, le asemejaba grandemente á su desgraciado pariente Luis XVI.

Pero nuestros lectores comprenderán que lo que ménos interesaba al gran duque de Berg y Cleves, era la salud del monarca español, con cuyo destino jugaba despiadadamente.

La reina le dijo, pretendiendo tranquilizarle: —De hecho podeis perder todo temor, gran duque: segura estoy de que mi esposo recobrará sus fuerzas ante la sola idea de abrazar á nuestro querido hermano el emperador y rey.

—Lo celebro por el propio bien de nuestro augusto amigo, y por el cariñoso afecto que le profesamos mi cuñado y yo.

María Luisa interrumpió la falsa solicitud del duque de Berg, para preguntarle:

—¿Sabeis algo de Fernando, príncipe?

La familia real de España mostraba un especial cuidado en prodigar simultáneamente al caudillo francés todos sus títulos y honores.

Joaquin Murat respondió:

—Casi lo mismo que ya he tenido el honor de decir á V. M. en mis comunicaciones.

—¿Ha vuelto el emperador á amonestarle?

—Cada dia se muestra con él más severo.

La reina hizo un gesto de alegría bien poco maternal.

—El emperador,—continuó Murat,—como saben muy bien V. M. y el rey, ha visto con disgusto y ha reprobado abiertamente la conducta del príncipe de Asturias (tal calificaban á Fernando) hácia sus padres, así como su ambicion desmedida; y no puede caber el menor género de duda sobre que le reprenderá y ablandará de modo que, cuando VV. MM. le vean en Bayona, le hallen completamente desconocido, trasformado y obediente.

—¡Ah!—dijo vivamente la reina,—yo no querré nunca ver á mi hijo: no, jamás lo consentiré: esto me serviría de afliccion, acaso me ocasionaria la muerte: es de mala

índole, no nos tiene ley ni á mí ni á su padre (1), me aborrece, y sé que su mayor defecto es el rencor obstinado, eterno, que guarda en su corazón: nunca perdona.

—Pues yo puedo asegurar á V. M.—replicó Murat de un modo insinuante,—que al lado de mi cuñado, en Francia, se conducirá con tanta mesura como el último súbdito de sus egregios padres...

En vano intentaríamos concluir en este capítulo el diálogo precedente, pues la pluma se nos cae de las manos al intentar seguir á nuestros personajes en su gravísima conversación.

La incauta reina, que por atender al solo bien de los objetos que tan exclusivamente la interesaban, no omitía imprudencia ni medio alguno cerca del extranjero, cuya actitud era por demás terrible, prosiguió largo tiempo hablando con él de mil descabellados proyectos, produciendo á cada paso amargas y terribles recriminaciones contra el rey que, proclamado y entonces querido por un pueblo lleno de buena fé, pagaba ya bien caras en extraño país las ligerezas y la falta de meditacion con que procedió en todo, movido por su ansiedad respecto del emperador Napoleon, á quien temia, y por las sugerencias activas y apasionadas de algunos consejeros suyos.

Su precipitado viaje fué lo último de que con grande interés se ocuparon la reina María Luisa y el generalísimo del ejército imperial.

Un nombre, nombre aciago y aborrecido por el pueblo, se mezcló repetidísimas veces en los futuros proyectos de la reina madre...

(1) Histórico.

## CAPITULO XXV.

Amagos.

¡Salve! ¡pátria querida, orgullo de tus ilustre hijos, cuna de los héroes, fértil suelo de la libertad, espejo de la honra, eterno crisol de las virtudes!

¡Salve! ¡terror de los romanos, azote de la Media Luna, señora que fuiste de ambos continentes!...

¡Gloria y honor á tí sobre cuya augusta frente no ha podido grabarse jamás el ominoso sello de la esclavitud!

¡Gloria á tí, cuyo seno ha sustentado barones tan animosos en el sacrificio, como el ilustre defensor de Tarifa, el esforzado Alonso Perez de Guzman!

¡Gloria, loor á tí, que has hecho brotar de entre las breñas de Covadonga al restaurador del suelo que bañaron en sangre el funesto D. Rodrigo, y el execrable don Julian!

¡Gloria á tí, el antiguo titán de los mares, de quienes

las rizadas lomas no podian ya sustentar el enorme peso de tus escuadras formidables!

¡Gloria! loor á tí, sobre cuyos dominios, tan vastos como la superficie del globo, jamás llegaba á divisarse la puesta del sol, toda vez que para tí era un mito su ocaso... Si, un mito, un ensueño; porque tú, presidiendo siempre á la rotacion de la tierra, siguiendo su movimiento diario, divisabas en todas partes al astro rey, cuando en vano pretendia irradiar únicamente sobre los bosques vírgenes de nuestros antípodas.

Yo te saludo con la sacra veneracion que inspira tu grandioso pasado, con el sublime orgullo que hacen brotar en mi alma tantos recuerdos de gloria como atesoras, y son la admiracion de todas las edades y naciones.

El solo convencimiento de ser tu hijo, embravece y eleva los corazones más débiles.

Cada vez que se ofrecen á la consideracion tus renombradas altezas, el entusiasmo rompe sus diques, y parece como que no halla espacio bastante para remontar su vuelo.

¡Oh España! Para que las generaciones más remotas llegasen á olvidar la altivéz, el heroismo de tus hijos, seria forzoso que á este olvido precedieran cien siglos que entre sí rasgaran en menudos pedazos, en átomos imperceptibles las prodigiosas páginas de tu historia.

¡Oh España! A tí, que fuiste un tiempo la señora del mundo, invoco la inspiracion de tus númenes inmortales, para reseñar dignamente las terribles escenas de un dia el más aciago, pero tambien el más bello, que ha cubierto de glorioso luto la majestad de tu nombre.

Voy á posar mi pié vacilante en las gradas de tu más

severo templo, y temo que mi voz no resuene armoniosa en el ámbito de sus bóvedas celestiales.

Voy á describir á un noble pueblo, hijo de aquel pueblo grande que arrojó al otro lado de los Pirineos á sus falaces opresores, lo que la pluma no es bastante á reseñar, y aun apenas concibe la mente, lo que tan solo comprenderá el que tenga la fortuna de haber visto la luz de la vida en la invencible nacion que baña al Norte el mar Cantábrico.

Quiero hablar de aquellas gloriosas jornadas... y temo que mi acento es débil para ensalzar tanta grandeza.

Ilustres manes de aquellas heróicas víctimas; adoradas sombras de mis abuelos; sacrosantas cenizas que reposais dentro de vuestras urnas en el precioso *Campo de la Lealtad*, ¿me negareis en esta hora suprema la inspiracion que os pido?

—¡Ah! ¡no me abandoneis ahora, no permitais que torpe os profane quemando al pié del ára que os consagró la Pátria agradecida, el pobre incienso de mi pobre númen!...

No, no lo permitais: porque el remordimiento de haber sido indigno de vuestra memoria, llenaria de amargura y de dolor eterno mi conciencia.

. . . . .

La noche del 1.º de mayo de 1808 llegó á su mayor extremo, á su postrer límite la inquietud del exasperado pueblo de Madrid, de cuya cordura él mismo no acertaba á darse cuenta.

El descarado influjo de Murat en los destinos de la nacion, sus atrevidas bravatas, su conducta por demás odiosa, la irritante grosería de sus audaces soldados y las tendencias manifiestas de usurpacion que tan claramente

se distinguian, desbordaron casi el contenido enojo de los ciudadanos, que ya ardian en vivos deseos de lanzar al rostro del llamado coloso toda la iniquidad, todo el cieno de la traicion con que habia correspondido á la más cordial y noble acogida que puede hacer un pueblo tan confiado y generoso como el español.

Desde el momento en que se desvaneció la última nube de la duda, la hospitalidad sorprendida, la buena fé burlada, cedieron su lugar á la venganza en el corazon de todos cuantos presenciaron tan escandalosa perversidad.

Al prepararse los habitantes de la indefensa villa para el descanso del próximo domingo, la gran mayoria, casi podemos decir la totalidad, ya en el seno de las familias ó en los parages más públicos, en vano procuraba contener los impulsos de una irritacion á duras penas refrenada.

Sobre todos los motivos de alarma que conmovian fuertemente á los honrados moradores de Madrid, descollaba uno capáz de sublevar el ánimo y el carácter más apacibles.

Dificil se habia hecho ya sobrellevar con paciencia tantas supercherías, tantos escándalos, tanta maquinacion, tanta amenaza y tan depresivos vejámenes. No se podia ir más allá en este peligroso terreno.

Las excisiones entre el ejército francés y el pueblo se repitieron al anochecer de aquel dia con desusada tenacidad.

Parecia como que el pueblo y la desenfrenada soldadesca adivinaban el límite de sus respectivas posiciones.

Donde quiera que un grupo de paisanos tropezaba con otro de soldados franceses, una pulla, un tropezon, una amenaza que se distinguia por la expresion de los semblantes, bastaban á promover una reyerta, de alguna de las



cuales habian resultado heridos y hasta muertos de unos y de otros, de imperiales y de españoles.

En las primeras horas de aquella noche, se habia visto además, cruzar por entre la multitud algun hijo del pueblo custodiado por tropas francesas, que contra todo derecho le conducian á las prisiones militares.

Nada podia ocurrir ya más alarmante ni más provocador.

En todas direcciones, acá y allá, en los altos y pequeños círculos no se daban tregua los comentarios, los rumores de todo género, los corrillos en los cafés y en las tabernas, y los conciliábulos en el recinto de los salones donde el hálito francés no habia podido inficionar los enteros corazones de hombres patricios.

La fermentacion habia cundido á los barrios bajos, donde el espíritu de las gentes se hallaba poseido de una temible sobreescitacion.

Por otra parte, numerosos ginetes de la caballería imperial atravesaban con repeticion las calles de Madrid, desde el palacio de los reyes al que habitaba el gran duque de Berg y Cleves, y esto demostraba de un modo evidente que se corrian órdenes importantes, que seguramente no envolvian ningun bien para la sobresaltada poblacion.

Todo era movimiento y agitacion; todo aparecia cubierto de un sombrío tinte que nada bueno presagiaba.

Diríase que en aquellos momentos de ansiedad inexplicable, se preparaban los ánimos para las dolorosas impresiones de una fiesta fúnebre, ó para los desconocidos resultados de una terrible convulsion, de un cataclismo desolador en el órden moral...

¿Qué grave suceso motivaba tan extraña agitacion?  
¿Por qué en todos los semblantes se retrataba la inquietud

y en todas partes se murmuraba en baja ó en alta voz, bien con sigilosa prudencia, ó bien con imprudente y nerviosa vehemencia?

¿Cuál era el móvil de tan singular fermentacion?

Vamos á saberlo.

Para ello es preciso que nuestros lectores nos acompañen á un lugar donde por primera vez les hicimos penetrar, al dar comienzo á esta verídica reseña de los más grandes sucesos por que ha atravesado la nación ibera en la primera mitad de este siglo.

El lugar á que nos referimos, es la taberna de la calle del Humilladero, á la que hasta entonces habia sido morada de la interesante María.

Serian apenas las ocho de aquella apacible noche que precedió á la sangrienta catástrofe de que muy pronto vamos á ocuparnos.

Como decíamos, las gentes trabajadoras abandonaban sus faenas del último dia de trabajo en la vencida semana, y preparábanse tal vez á disfrutar el descanso del domingo que Dios adoptó para contemplar satisfecho la magnífica obra de su creacion.

Dentro del estrecho recinto de la taberna, con dificultad podian revolverse como dos docenas de hombres, pertenecientes á la honrada clase trabajadora, ocupando unos los bancos de madera, en actitud de consternacion meditabunda, y permaneciendo los más en pié ó reclinados gravemente sobre el basar del establecimiento.

Contra la costumbre ordinaria, la puerta de la taberna permanecia cerrada completamente, por manera que todas aquellas gentes habían tenido necesidad de llamar para ser introducidas, lo que no consiguieron sin ser antes reconocidas con escrupulosidad minuciosa.

La señora Teresa, sentada en su lugar correspondiente, quizá por la primera vez durante su tráfico, permanecía en una completa inacción, y triste. Tenía la frente apoyada sobre las palmas de ambas manos y la mirada fija con insistencia, cual si su pensamiento se concentrara tenazmente para absorber el más pequeño detalle de un recuerdo, de una imagen querida. Nada de cuanto pasaba en derredor suyo, parecía ejercer influencia ni impresión alguna sobre sus ideas.

Cerca de ella, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, el señor Nicolás guardaba una actitud muy parecida á la de su mujer, si bien el rostro del buen anciano revelaba en ciertas contracciones harto frecuentes que mil encontradas sensaciones batallaban dentro de su corazón.

A muy poca distancia se encontraba otro personaje que nos es también conocido por sus opiniones de hidalgo patriotismo.

Era el animoso Epifanio, quien cogidas con las dos manos las solapas de su chaquetilla, y con el tricornio pronunciadamente caído sobre los ojos, contemplaba de hito en hito al Maestro, que á su vez dirigía con sombrío fuego miradas significativas á sus contertulios. A pesar de sus años y de su calma habitual, daba muy visibles muestras de una impaciencia y emoción que corrían parejas con la que Epifanio pretendía en vano calmar.

Sin embargo de que algunas veces un rumor más ó menos prolongado, tal cual suspiro que lanzado con nerviosa dificultad se asemejaba mucho á un rugido violento de profunda exasperación, y una pregunta ó una respuesta breves, se distinguían de tarde en tarde; á pesar de estas interrupciones lacónicas, el más completo silencio presidía en aquel estrecho recinto á la reunión de tantos hombres.

Las mútuas y furtivas miradas suplían á la ausencia del lenguaje, y cual si se hubiese establecido entre todos una relacion magnética, en aquellas miradas rápidas, pero elocuentes, leíanse, por decirlo así, unos á otros con tal seguridad, cual si lo hicieran en las páginas de un libro.

Nunca la igualdad de pareceres, de sentimientos y tendencias reunió, identificándolos, bajo el techo de una taberna, tantos hombres de pasiones fuertes, de temperamento ardoroso y arrebatado.

Como si hubiesen atendido á una consigna inquebrantable, de esas que á la par imponen el deber y la conciencia, la actitud general era tan mesurada é inalterable como dejamos descrito.

Si durante un cuarto de hora más hiciésemos permanecer á nuestros lectores en aquel recinto, seguramente que les colocaríamos en una situacion embarazosa, de todo punto extraña.

Verdad es que la silenciosa calma ocultaba en el fondo, pensamientos grandes y sensaciones sobradamente terribles, pues de lo contrario, no se comprenderia, no seria fácil explicar una reunion tan inexplicable, y en otras circunstancias anómala.

Pero si como decimos, en el fondo de aquel prolongado silencio y en las actitudes de los circunstantes, podia columbrarse aproximada ó acertadamente la presencia de un extraordinario suceso, la monotonía de un cuarto de hora transcurrido en semejante situacion, seria suficiente á molestar acaso la paciencia del lector.

Así, dejaremos á los unos mirar de cuando en cuando hácia la puerta, despues de haberlo hecho entre sí repetidamente, para preguntarse con una brevedad que revelaba su ansia:

—¿Por qué tardará tanto?—Mientras el señor Nicolás respondía suspirando de ansiedad y con idéntico laconismo:

—¡Aun no es tarde, paciencia!

Y el Maestro solía añadir:

—Antes que él, faltaría la luz: ¡paciencia! ¡paciencia!

¿A quién esperarían, pues, y á quién se referían?

—Presto vamos á saberlo, haciendo una corta escursion á otro paraje, donde presenciaremos algunas escenas dignas de atencion.

Momentos antes de lo que dejamos descrito respecto á la taberna del señor Colás, y mientras acaso la mujer de este dedicaba su pensamiento á la que durante muchos años habia sido para ella como una verdadera y querida hija, María, trasformada completamente por un cambio brusco de su fortuna, conversaba en un lindo gabinete que le habia destinado su abuelo con el hombre que bien pronto debia unir á ella su suerte y los destinos de su vida.

La jóven, á pesar de su nueva y excelente condicion, más que preocupada, mostrábase triste y como cautivada por inquietudes poderosas.

Al manifestarlas á Utrera, pretendia este inspirarla tranquilidad con sus más dulces y amorosas palabras, mientras la jóven replicaba, haciendo negativos movimientos con su linda cabeza:

—No lo dudes, Enrique: ciertas criaturas tienen su destino marcado; yo por más que veo y toco mi trasformacion, soy presa tal vez de un desaliento mayor del que otra en estas circunstancias se encontraria poseida.

—Pues ese temor, querida mia, es hijo únicamente de la sencillez y del carácter tímido con que Dios te ha dotado. Tu modestia, la generosidad de tus sentimientos, y

además la desgracia de que hasta ahora has sido víctima, te hacen ver las cosas de color sombrío...

—No quiero contrariarte en modo alguno, Enrique mio; pero me fundo en razones bien sanas, que nada tienen de lo que tú llamas supersticiones...

—¿Qué son pues, sino meras supersticiones, María?

—No, repito, no son supersticiones, son presentimientos motivados.

—Veamos de qué modo explicas tus presentimientos.

—¿De qué modo? Muy sencillamente.

—Te escucho, María.

—Primeramente, debo recordarte que desde el momento en que comprendí mi origen aciago, he distinguido también que me faltaba una gran parte de aquella tranquilidad, de aquel sosiego que no há mucho era el encanto de mi existencia: entonces mi corazón desconocía la duda!...

—¿Pues qué duda abrigas ahora?—interrumpió con viveza Enrique.

—¡Oh! varias...—respondió la jóven.

—¿Tienes de mí alguna?

María vaciló un momento, y luego repuso:

—¿Quién sabe?... Tal vez...

—¡María!...

—Tranquilízate, Enrique: muy lejos estoy de inculparte; y antes por el contrario, no tengo de tí sino motivos de gratitud...

Utrera interrumpió á María con dolorosa emoción:

—Por Dios, amada mia, retira esa frase que nos ofende á los dos, y no sienta bien á la que es reina de mi corazón.

María prosiguió despues de haber sonreido tristemente:

—Bien, la retiro: tanto da: no hablaré, pues, de mi

gratitud, pero te indicaré el género de duda que abriga hoy mi corazón respecto de todo.

—¡De todo dices! pero y de mí ¿por qué?

—Sé razonable y escucha,—respondió María con cierto dulce acento de autoridad que realizaba armoniosamente los encantos de su voz.

Utrera no replicó, y escuchó sumiso á la jóven.

—Hace algunos meses,—dijo,—que yo ignoraba el verdadero sentido de la palabra horfandad: más aún, por mucho tiempo me permitió Dios desconocer cuánto de terrible tiene la mia.

—Tú no eres responsable de ella...

—Tal vez sea eso un consuelo, no me opongo á creerlo así; antes de conocerte, Enrique, es posible que no me hubiese causado gran sensacion, pues creo que entonces vivia en las tinieblas... dichosa oscuridad ¡cuán precisa es á la condicion humana! con ella viviria en este instante más feliz que todos los reyes que son felices en la tierra.

—Pues qué, María, ¿no eres tú feliz?

—El amor, Enrique, parece como que presta alas y remonta desapercibidamente á la inteligencia.

—Y qué, ¿no eres feliz con mi amor?

—Lo he sido, y aun lo seria hoy, si una luz desconocida no me hubiese obligado á comprender lo que antes me era completamente vedado.

—¿Qué has visto, María?

—La miseria, las flaquezas humanas.

—¿Y crees?...

—Libreme Dios de creer nada que no deba creer, pero á mi razon no se esconden ya ciertas cosas. Mi madre ha sido, tal vez por su culpa, muy desgraciada; pero su desgracia es de esas que los mismos padres reprueban, de esas

que al llegar tan terrible caso no perdona la sociedad, y mancillan cuanto se les acerca. Yo soy la hija de una madre que tú y mi abuelo miráis por distintas causas con horror.

Utrera escuchó estas últimas palabras de la jóven sin desplegar sus lábios, y como si estuviese asombrado de tal razonamiento.

María continuó:

—Mi anciano abuelo, al saber cuál era mi paradero, renunció á una hija por otra, y, ¿sabes tú lo que debió pensar obrando de este modo?

—¿Qué?

—Que conduciéndose así, hacia un mero cambio.

—No te comprendo, María.

—Pues no es difícil: mi buen abuelo ha rechazado una infamia por abrazar otra infamia, la una responsable y la otra sin culpabilidad propia, que soy yo.

Del pecho de Utrera se exhaló un sordo gemido, al escuchar con doloroso asombro estas frases de su amante.

Hubo un momento de pausa, durante el cual fijó Utrera sus ardientes miradas en María, cuyos negros ojos se habían humedecido y cuyo seno virginal palpitaba á impulsos de una ansiedad profunda.

El tan enamorado como absorto jóven hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, y preguntó á María de un modo indefinible:

—Pero, ¿á dónde quieres ir á parar con esas extrañas ideas? ¿Sabes tú bien lo que has dicho? ¿No comprendes que careces de razon para calificarte de ese modo?....

—María, María! en verdad no comprendo, por más que lo procuro, ese cambio singular que temo hallar en tí.

La jóven, secando furtivamente las lágrimas que pre-